

tras de la cortina. ¡Qué gentío! ¡qué calor! ¿Cómo es posible que acierte yo á dar gusto á tantos?

¿Pero señor, no empezamos hoy? Y daba vueltas, iba y venia, y todos se reian de mi, y perdoneme la cruz de San Fernando, yo creo que me faltaba poco para llorar de... miedo, porque es la palabra y no hay otra.

"La órden, la órden" grita en esto el autor, no yo, sino el de la compañía: "Vamos, ánimo, venga vd. conmigo que yo le colocaré"—Y diciendo y haciendo me sentó detrás de las embocaduras á la izquierda del espectador, para que á tener yo vista aquella noche hubiera estado perfectamente.

La posicion de un hombre en el suplicio esperando el golpe de la cuchilla debe ser mus análoga á la de un autor novel sentado en la silla de todos, y esperando no á que caiga, sino á que se levante la cortina.

Llegó el momento y yo perdi la tramontana: puedo asegurar que no oí las dos primeras escenas del drama. Pero un espectador, á quien Dios le perdone, el haberse resfriado aquel día, comenzó á toser con tanta fuerza, que al estrépito volví en mi, para sufrir en toda su estension el suplicio á que estaba condenado. Incomodó la tós al público, y comenzaron á chichear al del romadizo, pero figuróseme á mi que el chicheado era yo, y comencé á temblar de pies y manos como un niño con alfilería... si dura dos minutos aquello tal vez no pudiera hoy escribir este artículo. En estas y las otras llegó el fin del primer acto, vino abajo el telon y... aplaudieron.—Sí aplaudieron: jamás lo olvidaré, porque es muy grande el placer de los aplausos, aunque de ningun modo comparable al temor que inspiran los silvidos.

Entonces fué el abrazar á los actores, y dar gracias hasta á los comparsas; entonces el recibir las enhorabuenas, y pasar el blanco como un sueño rápido y delicioso; pero el drama tenia cinco actos. Volvieron á renovarse mis temores, y una vez muy seriamente. Cierta escena repugnó un poco, precisamente la escena que mas me habian aplaudido mis amigos; si entonces soy Bajá creo que les mando cortar la cabeza á todos ellos en aquel momento.

El nublado no llegó á tempestad, muchos aplausos le siguieron, se pidió el nombre del autor, y sin embargo salió del teatro descontento y aun enfermo.

Esto le pasa al autor que escapa bien ¡ay del silvado!

A LA MEMORIA

DEL

GENERAL

TORRIJOS.

Costas del mar de Málaga la bella,
Que visteis apagarse en vuestra orilla
Del cielo de Cortés la última estrella
Con el último nieto de Padilla;

Arena que con peine de cristales
Pule esa mar tan lánguida y sonora
Do flotarón del Cristo las señales
Ante el pendon dela falange mora.

Aguas, de espuma coronad la huella
Donde duerme el caudillo de los bravos;
Velad, arenas, entré sombra espesa
La víctima inmortal de los esclavos.

No guarda el mar el rastro de su barca
Ni su huella la márgen floreciente:
Serenó el mar la mano de la parca;
Borró su huella sangre del valiente.

Costas del mar de Malaga encantada,
Si por vosotras algun día errante
Se estendiera mi vista desolada,
Se perdiese mi paso vacilante;
Arrodillado con los ojos fijos
Esa tumba sagrada adoraría,
Y la gigante sombra de Torrijos
Junto al sol del ocaso buscaría.

"Paz, le dijera á tu desierta losa!
Yo te cantára si laurel tuviera
Yo dejaria su guirnalda hermosa
Al pié de tu sepulcro en la ribera
Mas huésped de la bella Andalucía,
Cisne sin lago, bardo sin historia,
Mi lúgubre cantar empañaría
El rutilante sol de tu alta gloria."

ENRIQUE GIL.

LOS AMIGOS

De todas las plagas de hoy día, que no son pocas, incluidas en ellas la de ministros y la de contribuciones extraordinarias, no hay ninguna tan insufrible, tan insoportable, tan cócora, como la de los amigos. Ganas le dan á uno á veces de irse á vivir á un desierto por huir de esta clase tan numerosa casi como la de cesantes y viudas. ¿Y quién es el que en estos tiempos se libra de semejante epidemia?... Para el cólera, para el tifus, para las pulmonías, existen preservativos, mas ó menos eficaces; para los amigos no hay ni siquiera uno.

Y díganme vds. sino, ¿qué se hace con el amigo de la infancia que le tutea á uno y le aprecia necesariamente, que le pide algunas veces el frac para ir á un baile y que se le devuelve con dos botones de menos y tres manchas de mas?... ¿Qué con el amigo de confianza que se cuela de rondón en el cuarto de uno, y le lee las cartas de su querida, y le registra los cajones de su escritorio, y le lleva los libros y los periódicos para no volvérselos jamás?...

Otro de los amigos mas incómodos, mas imprudentes y mas indigestos, es el amigo anciano: este le ha visto á uno nacer, le ha dado la papilla, y le regaló de chiquito un chupador para la denticion y un cuarteron de confites el día que le salió el primer diente, su edad, su cariño, la antigüedad de las relaciones, pues como él dice, *me conoció desde el vientre de mi madre*, le autorizan para todo. Unas veces cuando voy por la calle me tira de las narices con la mayor franqueza, llamándome bribonzuelo. Otras y cuando estoy delante de la que amo, comienza á narrar mis gracias y travesuras infantiles, que me hacen salir los colores á la cara. Luego refiere que á los tres años ya andaba yo solito, y que á los diez ya leía de corrido y conforme va avanzado en mi edad van creciendo tambien mis tribulaciones, porque cuenta que á los quince años adelgazé yo